

## LAICOS

Laicos o seglares son los bautizados que no se han consagrado al estado religioso ni sacerdotal.

Los laicos vivimos en familia, hacemos vida social y nuestra actividad laboral, profesional o familiar nos ocupa la mayor parte del tiempo. Nuestro objetivo se centra en salir adelante, atender las obligaciones familiares, relacionarnos, e intentar progresar para mejorar nuestra posición social y económica si fuera posible. Todo esto requiere un gran esfuerzo y dedicación que nos distrae de nuestra vida espiritual. En esas condiciones es fácil que los seglares se centren solamente en los valores terrenales dominados por el dinero, la ambición, el materialismo, el consumismo, el hedonismo, el egoísmo, etc. y se olviden de Dios, de su fe y de los valores sobrenaturales. A diferencia de los religiosos, los seglares suelen mantenerse al margen de la vida de la Iglesia y carecen de formación y cultura religiosa. Aunque la fe es algo muy personal que cada uno interpreta y practica según los dones y las capacidades recibidas, es relativamente frecuente entre los seglares convertir su credo en la mera práctica de unos ritos y formalismos, sin mayor compromiso ni trascendencia, donde cabe el riesgo, incluso, de caer en prejuicios y supersticiones que deformen la esencia de su fe olvidándose de la espiritualidad cristiana que nos comunica directamente con Dios y anima el sentido trascendente de nuestra vida.

La raíz de los males de la humanidad que Jesús vino a combatir está en el afán de dinero, en el ego y en el deseo de poder. Estas tres ambiciones de tener, de ser más que los demás y de mandar, provocan la rivalidad, el odio y la violencia entre los hombres. Es fácil que el seglar, por su *modus vivendi*, incurra en estos males. Ante esto Jesús vino para crear una sociedad diferente donde el hombre pueda ser libre y feliz, pero para ello hay que renunciar voluntariamente a los tres falsos valores: al afán de enriquecerse, a la ambición de figurar o anteponer nuestro yo al de los demás y al deseo de poder. En vez de acaparar, compartir lo que se tiene; en lugar de encumbrarse, igualarse; en lugar de afanarse por el poder, solidaridad, y servicio; en lugar de rivalidad, odio y violencia, buscar la hermandad mediante el amor. Porque la riqueza significa injusticia e idolatría (Mt 6,24) y porque la libertad y la felicidad humanas sólo son posibles cuando se elimina la ambición. Jesús proclama las Bienaventuranzas (Mt 5,1-12) como expresión del camino del amor que es

el único que lleva a la vida eterna. Nada que ver con los principios o propuestas que rigen en el mundo.

Pero Jesús no fuerza, sólo invita. Dios nos hizo libres para hacer el bien o el mal y siempre ha respetado ese compromiso, aunque la salvación humana sólo se consiga mediante la alternativa que Él propone. De momento el mundo sólo cuenta para combatir las necesidades con aquellas pocas personas que han decidido vivir conforme a aquellas premisas, como son la Iglesia consagrada y los cristianos comprometidos. Esa debiera ser la razón de nuestro paso por esta vida siguiendo el mandato divino. Sólo una vida entregada a los demás, y especialmente a los más débiles y necesitados, merece la pena, porque sólo vivimos cuando amamos y todo lo que nos llevaremos a la otra vida será lo que hayamos dado en esta. La felicidad no es un producto de consumo como proponen los libros de autoayuda, sino que se encuentra en la entrega y en el amor al prójimo.

Fernando García de Cortázar S.J. glosó estas ideas con rotundidad en un artículo publicado en la Tercera de ABC titulado “A este lado del Paraíso” diciendo que *El cristianismo es un compromiso con la suerte del hombre en la Tierra. Es un inmenso proyecto de liberación, una intransigente demanda de justicia, una defensa de los más débiles, un apoyo resuelto a los inocentes.*

Frente a esto no cabe deformar nuestra fe con prejuicios o supersticiones, ni adoptar actitudes hipócritas o fariseas, ni caer en tormentos o estridencias que puedan alterarla o servir de burla o escándalo, sino adoptar una actitud consecuente con el mensaje evangélico, cada uno según sus dones, y recordar que Dios no nos exige la perfección, sino que pongamos amor al hacer las cosas, que en eso consiste la misericordia que este año celebramos. El problema de los seglares tan atareados en los asuntos terrenales, es que no son conscientes de que son hijos de Dios porque no lo conocen bien y que los valores de tipo material no producen la felicidad deseada, mientras que la humildad y el espíritu de servicio producen la paz y la felicidad ansiada por el hombre.

*Vivamos en la Tierra imaginando el Paraíso*

Enrique Mz. de Goicoechea  
Sevilla, noviembre 2015